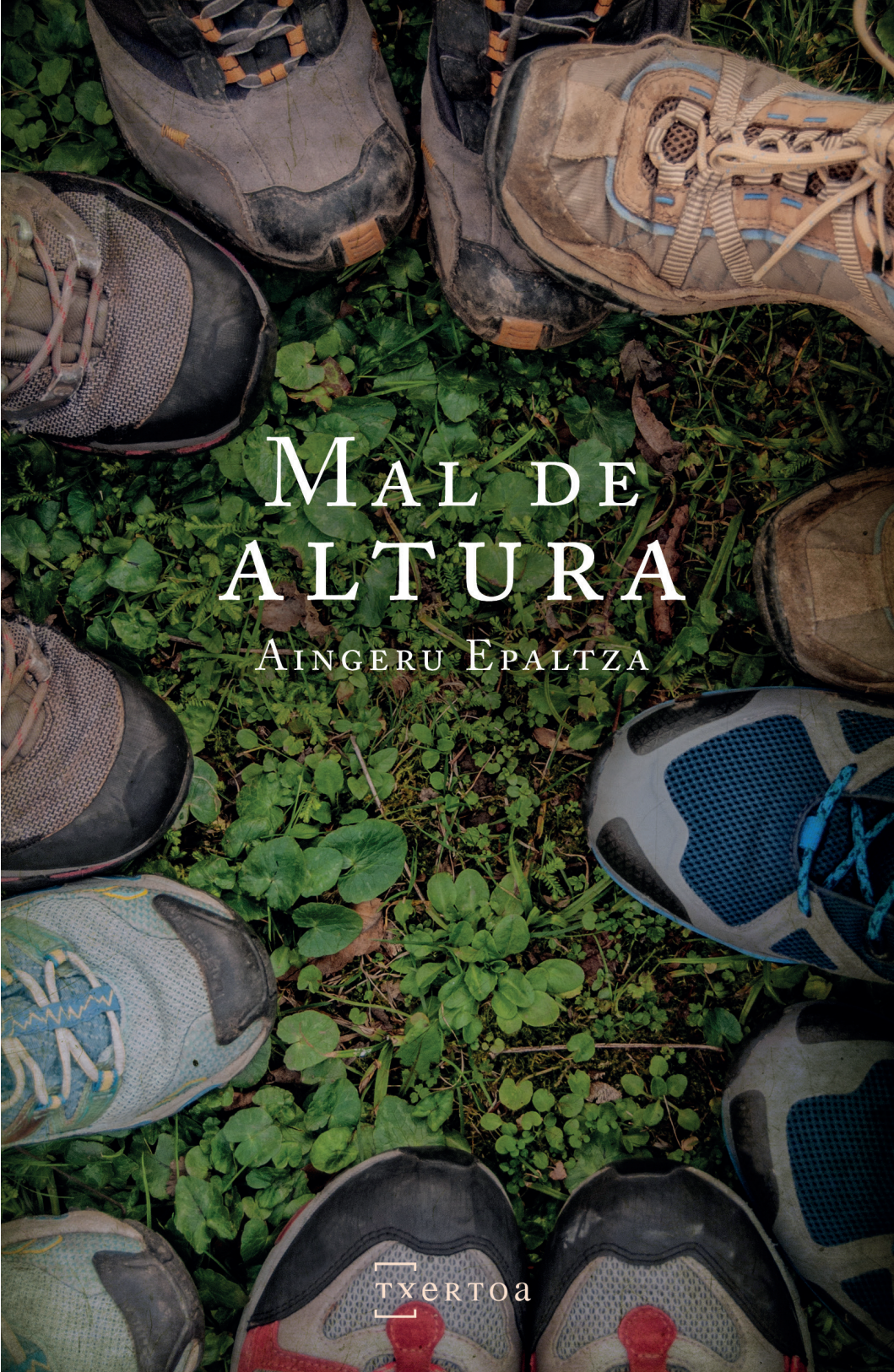




MAL DE ALTURA

AINGERU EPALTZA

[TXERTO]

ARISTAS

El cabo Castillo detuvo al mismo tiempo su paso y el de su tropa. Lo hizo sin pronunciar palabra, limitándose a levantar la mano, como el oficial que dirige la caballería en los antiguos wésterns. Sin embargo, los que ascendían por la ladera no vestían casacas azules, sino camisas rojas; tras el cabo solo marchaba una persona, Ander; y ni uno ni otro sentaban sus posaderas sobre caballo alguno. No habían transcurrido ni veinticinco minutos desde que se acabó la pista y tuvieron que seguir andando. Tiempo suficiente para hacer sudar y maldecir al máximo representante del cuerpo de la Policía Foral presente en ese lugar y en ese momento.

—Explícame, Andrés —le preguntó Castillo a Ander—. ¡Explícame por qué me ha tenido que tocar esta putada la tarde de un domingo como este!

Se dirigía a su subordinado como si él fuera el culpable de que no pudieran seguir el trayecto en coche; culpable, también, de lo que veía por los prismáticos.

—Ya han llegado esos treparriscos de mierda.

Doscientos metros por encima de los dos forales, las chaquetas naranjas de los integrantes del grupo se distinguían

sobre la pedriza a la luz del último sol de mayo. Hasta un ciego podría verlos sin necesidad de catalejos.

—Antes, los bomberos voluntarios solo andaban sobrados de voluntad y de tripa —censuró el cabo—. Ahora, Andrés, vienen directos de hacer dos horas diarias de gimnasio.

Se llevó la mano hacia su abultada panza.

—Vete luego detrás de ellos en un rescate.

Escupió al suelo limpiándose el rastro húmedo de las comisuras de los labios con la manga del jersey rojo del uniforme. Lo llevaba atado a la cintura, como su joven compañero, aunque algo más caído.

—Y los peores son los de estos putos valles, Andrés. Todos medio guipuzcoanos. Cuando no están montando en bici o corriendo en carreras de montaña, andan tocándonos los cojones colgando por cualquier lado sus banderas de mierda. Gracias a Dios, en dos semanas nos los volveremos a pasar por la piedra a golpe de papeleta.

La filípica de Castillo poseía propiedades narcóticas. Ander dejó que sus ojos se empaparan del paisaje primaveral bañado en colores. La mayor parte de la perspectiva la cubrían los contrafuertes verticales de la pirámide situada a su derecha.

—¿Cómo has dicho que se llama este pedazo de roca?

El cabo había reparado en la dirección de la mirada de su subordinado. Tuvo que repetir la pregunta antes de que el joven agente respondiera.

—Balerdi.

El superior repitió, con un suspiro, “Balerdi”, como tratando de grabarlo en la memoria. Volvió a dirigir los prismáticos hacia las manchas de color naranja de la ladera.

—Mierda, Andrés. ¡Lo que nos faltaba!

Ander apartó la mirada de la escarpadura.

—También van mujeres —aclaró su jefe.

Tampoco en esta ocasión el agente compartió el escándalo de su superior. El cabo, cada vez más irritado, se despojó de la gorra negra y limpió el sudor de la frente utilizando de nuevo la manga para ello.

—¿No hay dónde beber un poco de agua en este maldito lugar?

—Tan arriba, no.

Habían dejado atrás una fuente, cerca de donde habían aparcado el vehículo. El cabo no tenía sed en ese momento.

—Entonces, ¿conoces esta zona?

Empleó el mismo tono con el que le habría preguntado “entonces, ¿pasas coca?”.

—He estado alguna vez que otra —respondió, cauto, Ander.

Castillo pareció cavilar sobre cuántas veces podían ser alguna vez que otra.

—Nunca entenderé esa extravagancia de machacarse las piernas subiendo cuestas.

Reconfortado por su afirmación, volvió a encarar la estrecha senda. Ander le dejó avanzar cuatro o cinco metros, antes de rendir al mismo ritmo sus piernas más rápidas.

Treinta y dos minutos más tarde recibieron el tímido saludo de los voluntarios en la base de la pirámide. Cuatro hombres y, tal como había adivinado el cabo, también dos mujeres. Sentados sobre las piedras, se habían desprendido de las chaquetas naranjas, elemento unificador, y las habían extendido alrededor, voluntariamente o no, formando un círculo ovalado casi perfecto al comienzo del pedregal, alrededor del cual componían ahora un grupo abigarrado, vestidos cada cual a su manera, en contraste con los uniformes de los forales recién llegados. Detrás de ellos, una figura humana yacía boca abajo, con la mochila todavía a la espalda.

Vestía el típico cortavientos montañoso, de color azul, mientras que, de cintura para abajo, media nalga deslumbraba al espectador con su blancura radiante. Su rostro se hundía entre las piedras. Descansaba a su lado un sombrero negro de ala ancha todavía atado a un cuello retorcido en un ángulo inverosímil. El cabo, achicharrado, ni siquiera le dirigió una mirada.

—¡Agua!

Unas manos acercaron una cantimplora al representante de la ley. Apenas unos segundos antes, la conversación que mantenían retumbaba en la Malloa. Ahora, todos callaban, mientras observaban el trago largo, adusto, febril y desagrado del cabo, como quien contempla un espectáculo no programado. Castillo acabó apartando entre toses la cantimplora de sus labios. Se dirigió a Ander enrojecido y casi sin respiración:

—Comprueba si está vivo. Ya marco yo las coordenadas en el GPS.

El joven, con el estómago encogido, dio unos pocos pasos hacia el cuerpo yacente. Una voz le arrebató la poca voluntad que llevaba:

—No te molestes. Está bien muerto.

Había hablado el mayor de los bomberos, un varón de unos cincuenta años, puro músculo, al igual que el resto de sus compañeros.

—Con ese vuelo se ha tenido que romper hasta el alma.

La mirada de Ander trazó el recorrido de la caída, desde lo alto del afilado vértice de la pirámide hasta el lugar donde se encontraban. 200 metros, quizás 250, rodando por una pendiente de más de 60° en sucesivos impactos contra la roca hasta ser detenido en la base del despeñadero por el placaje de una lengua de piedras sueltas.

—Date prisa, joder —le apremió al cabo, desdeñando de forma manifiesta las razones del mayor de los bomberos—. No tenemos todo el día.

Ander serpenteó entre los voluntarios sentados, evitando tanto el gesto hosco de alguno de ellos como la sonrisa burlesca de la mayoría. La mirada guasona de la más joven le resultó la más humillante. Su *short* y su camiseta de tirantes dejaban al descubierto unas extremidades fibrosas y estilizadas. Un pañuelo de colores le recogía el cabello castaño, cerca del cual adornaban sus orejas aros de un tamaño desorbitado para ser exhibidos en ese lugar. Seguramente iba vestida de manera muy distinta cuando la alarma la sacó de casa.

Ander se colocó los guantes de plástico bajo la mirada de los seis espectadores y de su examinador. Se arrodilló junto al cuerpo y, durante los diez segundos que pasó decidiendo por dónde empezar, se fue haciendo cargo de la magnitud del accidente. El grado de contorsión de brazos, piernas y cuello testimoniaba la evidencia y contundencia de las fracturas. El cortavientos, los pantalones y la mochila presentaban múltiples desgarros, mientras que la parte posterior de la cabeza y las zonas de piel al descubierto aparecían ensangrentadas y magulladas. Instintivamente, Ander buscó el cierre del pantalón introduciendo una mano por debajo de una pierna. Estaba indemne.

—¿Qué estás haciendo, Andrés? —le recriminó el cabo, para regocijo de los presentes.

—Tiene los pantalones por las rodillas y los calzoncillos también los tiene bajados varios centímetros.

—No me pongas de mala hostia, Andrés. Estaría meando en el momento de caerse.

A los bomberos el argumento del cabo les pareció divertido.

—¡O cascándosela! —soltó uno de ellos, provocando más risas.

La postura del cadáver, con su cara sepultada entre las piedras, excusaba a Ander de examinar el rostro seguramente desfigurado. Teniendo en cuenta las circunstancias, parecía un milagro que el sombrero de ala ancha hubiese acabado intacto. El foral empezó por apartarlo. Rodeando el cuello con la mano, en torno a la carótida, palpó con tres dedos aquella garganta que empezaba ya a enfriarse. Era la segunda vez que ponía en práctica esa maniobra aprendida en el curso de formación. Se había estrenado dos semanas antes en un accidente de tráfico. A la mujer de la autovía la ambulancia se la había llevado con vida. Para los males de este, por el contrario, no existía cura en los hospitales de la red foral. Se levantó y meneó la cabeza en sentido negativo dirigiéndose al cabo, lo que provocó la reacción de uno de los bomberos:

—¿Qué se creían estos gilipollas? —dijo, dando paso a un murmullo de aprobación en los demás.

El cabo volvió a hacer caso omiso al comentario, con mayor razón en esta ocasión, puesto que no comprendía el idioma en que había sido realizado. Siguiendo el protocolo, Ander registró los bolsillos del fallecido con el máximo cuidado para no moverlo. En los del cortavientos no había nada. De los bolsillos superiores de la mochila, en cambio, extrajo, uno a uno, un mapa rasgado, una brújula, un móvil abollado, un juego con numerosas llaves, una llave suelta de coche y una caja de ibuprofeno deshecha. Por último, una cartera de piel. Alzó el documento de identidad, para que el cabo pudiera verlo.

—Nuestro hombre: Jenaro Berasáin Garcíandía. 1957. Pamplona. Ya sabemos por qué no ha regresado este mediodía a casa.

—Hace falta ser subnormal para acabar así.

El cabo pidió instrucciones por teléfono, momento que aprovechó Ander para buscar con la mirada a la voluntaria más joven. Esta conversaba con un joven moreno de exiguo culo, con pintas de carrerista de montaña o esquiador de travesía.

—Me cago en todo, nos toca hacer las diligencias —maldijo Castillo.

—¿Y los civiles? —preguntó Ander.

—Precisamente hoy, los *pícolos* han tenido a bien demostrarnos lo generosos que son dejándonos a nosotros el caso. ¡Pocas ganas de subir hasta aquí, eso es lo que hay!

El cabo buscó de nuevo en su teléfono.

—Voy a tratar de atar lo del helicóptero, sin esperar al centro de emergencias. A ver si salimos cuanto antes de este sitio de mierda.

—Perfecto.

—Qué perfecto ni qué leches. Pregunta a estos palurdos. Con algo habrá que rellenar el informe para los de la judicial.

El agente se volvió hacia los voluntarios. Las dos chicas y el chico de antes, sentados sobre las mismas piedras, recibían con los ojos cerrados el último soplo de calor vespertino. Los otros tres hombres conversaban vivamente, en una lengua ininteligible para el cabo. Hablaban de los dos forales. No precisamente de manera elogiosa.

—Disculpad —se dirigió a ellos en su mismo idioma.

Su voz era demasiado baja.

—Disculpad —repitió en un tono más alto—. ¿Alguno de vosotros ha presenciado el accidente?

Negaron sin contener su sorpresa. No esperaban oír al joven foral hablar como ellos.

—¿Y sabéis de alguien que haya podido ver algo?

Ander había advertido ya que el cabo, aunque seguía al aparato, tenía toda su atención puesta en él, con un asombro no menor que el de los bomberos.

—Mi tío abuelo se ha cruzado esta mañana con él.

La voz de la joven era firme, sonora, segura.

—El hermano de mi abuelo. Cuando estaba a punto de acometer la cuesta de Astunalde.

El agente no le preguntó dónde se encontraba la cuesta de Astunalde. Sabía que a toda la ladera, desde el pie hasta el collado, se la conocía por ese nombre.

—¿Cómo sabes que era precisamente este hombre el que se ha cruzado con tu tío?

La chica extendió su dedo en dirección al muerto.

—Le ha llamado la atención el sombrero negro. Este mediodía nos ha dicho que quiere uno así para el verano.

Los rostros de los demás bomberos también se iluminaron, igual que los de la chica. Detrás de Ander, la conversación telefónica del cabo había concluido. Sintió su mirada clavada con más intensidad si cabe. Tenía ya mucha prisa por concluir el interrogatorio.

—¿Qué hacía tu tío en la base de Astunalde? ¿También subía al Balerdi?

—Qué va. Vigilaba las yeguas.

Ander recordó que habían dejado atrás algunas cabezas de caballar recién iniciado el ascenso. Le dio las gracias a la chica, deteniendo la mirada en sus ojos grises algo más de lo necesario. En ese momento, la bombera añadió:

—Parece que no iba solo.

—¿Tu tío?

—El montañero. Según mi tío, una mujer iba con él.